El cuento del rey egoísta

Nicolás Barsimanto

Capítulo 1

EL CUENTO DEL REY EGOÍSTA

Había una vez un Rey que estableció poder bajo su propia voluntad en un reino en el que la Soledad vivía en el trono del castillo. Ella era la que gobernaba —o, mejor dicho, que gobernó—, nadie más podía sacarla del trono del castillo de ese reino solitario. Y es que no la podían sacar porque en el trono no había nadie y, si bien todos sabían que ella era invisible a los ojos pero no al corazón, nadie podía hacerle frente a una sombra sin forma ni color.

La Soledad gobernó aquel reino hasta la llegada de este Rey, el primer rey verdadero. Porque sí, otros lo intentaron pero, o bien duraron muy poco, o nunca lograron alcanzar abrir las puertas del castillo. Entonces este Rey fue el primero que logró vencer a la Soledad invisible de ese reino solitario, oscuro y lúgubre. El Rey no luchó, no combatió. Tampoco comandó ejércitos a caballo ni atacó con catapultas. El Rey solo llegó, vio el reino en ese absoluto vacío, corrió hasta el castillo y, sin siquiera saber que el trono le pertenecía a la Soledad, se sentó en el.

Todo el reino pudo ver cómo el Rey se abría paso por el terreno sin ningún tipo de problema. Ninguno de los campesinos o siervos del reino podían entender cuál era el motivo del que la Soledad no esté contraatacando a cada paso dado por el Rey para acercarse al trono. Todos asomaban sus caras por sus cabañas de madera y paja para ver ese espectáculo que parecía mágico —pero claro estaba que el Rey no disponía de ningún poder de esa categoría—. Algunos directamente salían de sus hogares para verlo más directamente, otros solo hacían que sus ojos volasen a través de los cristales, y otros, los más escépticos, trapeaban sus puertas y sus ventanas por miedo a que todo se tratase de la antigua y temida magia negra —la cual estaba asociada a la Soledad gobernante—.

Y de la misma forma miraba el Rey a sus futuros siervos y campesinos y nobles y obispos, pues él no entendía por qué mostraban asombro en esas caras hundidas y avejentadas. Le era imposible pensar que fuera la primera vez a un rey se acercarse a tomar como posesión propia su reino; a reclamar sus tierras como suyas y hacer que se arrodillen en su nombre. Él ya había estado antes en reinos y, aunque las cosas no salieron bien, un poco de experiencia en el dominio, el gobierno y la diplomacia poseía. Él era un rey que sabía como llevar un feudo adelante, pero nunca había tenido la ventaja de que sus siervos sigan sus pasos. O bien no lo obedecían, o directamente lo ignoraban. Pero descartó, por lo menos esa última opción en este reino al que estaba por reclamar.

Un rey tan preparado para reinar y nunca había encontrado un reino al

qué guiar. Esa era su más trágica historia. Su única historia. La más triste y desafortunada de su vida. Un rey tan capaz y nunca una sola oportunidad para demostrar de lo que un buen mandato puede lograr. Un rey como él y tan solo como el reino al que estaba por conquistar.

De camino al castillo atravesó campos, maizales, corrales de todos los tipos de animales de granjas. Atravesó herrerías, de donde el olor a hierro fundido desbordaba por las chimeneas y el repiqueteo de los martillos generaban una desagradable melodía desincronizada. Avanzó también por catedrales, y las campanas comenzaron a sonar en torno a sus pasos, y los obispos y misioneros salían con sus crucifijos agarrados entre sus manos rezando oraciones para ellos mismos que, según pensó él, tenían la intención de bendecir su camino y reinado. Pudo ver también a algunos nobles arrodillarse ante él cuando pasó junto a ellos, quienes le ofrecieron sus manos para que el honor real de sus labios se posaran en ellas, pero que él ignoró, pues su tarea era llegar al castillo, abrir sus puertas, alcanzar la sala del trono y, después de una reverencia y una plegaria, podría por fin sentarse en su nuevo castillo, en su nuevo reino y comenzar, quizás, un gobierno estable y duradero.

Y así pasó.

Primero subió las escaleras de ese gigantesco castillo construido a base de roca caliza sumamente bien pulida y distribuida en un patrón tan hermoso que asombraba de lejos. Subió despacio, pues él era un rey al final, y los reyes debían respetar de las tradiciones monárquicas y conservar el estilo y la nobleza por encima del todo. Subía escalón por escalón mirando hacia arriba, admirando la belleza del arte con el que se había construido su futuro castillo. Miró las estatuas que se encontraban en los pilares que crecían desde la entrada hasta la mitad de su altura total, mostrando las figuras de una corona junto con una espiga y un corazón.

Su capa violeta con puntos blancos era azotada por el viento a medida que la distancia con la puerta se reducía, pues el castillo estaba en lo alto de una gran colina y la cantidad de escalones era considerablemente alta —pensaba en lo poco que iba a salir del castillo una vez se instalara; un rey no debía agitarse todos los días, y menos por unas tontas escaleras que perfectamente podía evitar gracias al servicio de alguno de sus ayudantes—.

Pero cuando finalmente estuvo frente a frente con esa puerta que lo separaba del poder y su reino, entendió que ese feudo estaba sin rey por un motivo, y precisamente no era por el preciosísmo arte que se podía observar tallado en ambas partes de la puerta de roble oscuro que tenía el edificio —nuevamente se veía el símbolo de la corona, la espiga y el corazón, solo que esta vez estaba acompañada de una frase en un idioma que él desconocía—. No, no era culpa de ese arte, de esa puerta de roble tallado, sino porque el frío se mostró apenas apoyó sus manos en posición para empujar las pesadas y enormes planchas de madera. Entendió que, ese frió exorbitante, se debía a que el castillo hacía años o décadas que se encontraba vacío. Dedujo que no iba a encontrar una sola chimenea con fuego para calentar sus habitaciones, y quizás ninguna antorcha para

iluminar sus pasillos. Entonces el Rey dudó si verdaderamente quería abrir la aquellas puertas tan pesadas. Dudó si de verdad él quería ser rey, si estaba preparado para enfrentarse a los desafíos y problemas que aquello demandaba. Él no sabía siquiera cómo encender un fuego para calentarse. Él no sabía nada sobre el cómo se reinaba, pues sus experiencias no le habían servido de mucho. El frío congelaba sus dedos ya helados y duros apoyados en el macizo roble tallado y los miedos le entraron de un solo sacudón a su mente real.

Las dudas tomaron el control de sus pensamientos y entonces consideraba que mejor era dar media vuelta y volver por donde vino. Había descubierto, en parte, el por qué nadie había tomado el control de ese reino —al menos así lo imaginaba él—. No sospechaba a que el frío exagerado se debía a la Soledad asentada en el trono del artístico castillo. Temblaba para cuando tomó una decisión, y lo hizo porque, o bien moría congelado o no lo hacía. Decidió arriesgarse y empujar con prisa las maderas gigantes que le rivalizaban su entrada a, al menos, un refugio del viento helado.

Entonces se encontró con lo que sospechaba, con lo que era obvio. Un castillo abandonado, vacío y pálido. Ni una pizca de luz entraba por las ventanas, ni una sola antorcha ardía. Solo encontró polvo, silencio y temor. Porque este Rey temió de haber tomado la mala decisión de las dos que podía llegar a tomar. Quizás, solo quizás, hubiera sido mejor dar marcha atrás y demostrar su cobardía en lugar de intentar mostrar una personalidad falsa de sí; solo que ahora era demasiado tarde porque, probablemente, mitad del pueblo estaría ya subiendo las larguísimas escaleras para inmacular su presencia en el exiliado castillo.

Para estos momentos, en los que el Rey generaba eco de sus pasos por los desolados pasillos, la Soledad, por su parte, comenzaba a abrir los ojos después de años de mantenerlos cerrados confiada de su dominio. Ese era el motivo del por qué no había presentado batalla; ella, en su cabeza, ya había adquirido, para el resto de la eternidad, el gobierno de aquel reino. Por eso se despertó desesperada al ahora estar escuchando pasos en esos pasillos viejos y oscuros, no comprendía como alguien, después de tanto tiempo, se había animado a vencer al frío que invadía la entrada, o bien, como es que siquiera alguien se había atrevido a subir ese centrar de escalones sin compañía.

Los misterios y las preguntas la estaban consumiendo por lo que su cara de asombro fue todavía mayor para cuando el Rey entró en la sala del trono y la vio sin verla —pues ella era invisible a los ojos pero, sin embargo, visible al corazón—. Y la Soledad emitió un gemido, el cual fue confundido con un golpe que el viento debió de haber generado al chocar a toda velocidad contra las paredes exteriores del castillo. Ella gimió porque pudo ver en la cara de aquel Rey que no se trataba de cualquier monarca, sino del que estaba destinado a arrebatarle el trono después de décadas en el poder. En él, ella vio una persona capaz de entender, a su debido tiempo, las palabras inscriptas en las puertas del castillo, de comprender el símbolo del reino y de dar calor y esperanza a un reino frío y solitario. Ella pudo ver sin que él la viera, que estaba acabada, que iba a

ser inútil luchar contra este nuevo Rey, pues sentarse en su trono era su destino y ella debía cumplir con la palabra que se le había obligado: «*Cuidarás de este reino hasta que el frío sea derrotado por el fogoso calor de la esperanza*». Y eso fue lo que vio la Soledad en el alma de ese Rey, la esperanza que había vencido al frío. Entonces decidió levantarse del trono, realizar una reverencia digna de aquel Rey y, sin haber sido vista jamás, desapareció hasta que, en ese u otro reino, necesitaran de su presencia, de su cuidado.

El Rey tenía los ojos cristalizados ante la hermosura del trono que ahora le correspondía. Lágrimas brotaron de sus finos y delicados ojos y comenzaron a descender por sus mejillas a medida que él se acercaba a su asiento real. Tocó las piedras que lo conformaban con una delicadeza sublime, la cual será recordada durante la eternidad del reino. Parecía que el Rey primero le preguntó al trono si él podía sentarse, si era digno de que sus manos se posaran en él. Y el trono dijo que sí, a la espera de que ambas manos del Rey sujeten con fuerza en sus muy pulidas rocas. Así fue como el Rey y el trono se conectaron, él pidiéndole permiso de su tacto para que, después de acomodar su capa de seda por la izquierda, pudiera sentarse ante un reino el cuál estuvo solo durante años.

Al inicio el trono parecía frío e incómodo pero a los pocos segundos el calor que el Rey todavía contenía en su cuerpo arrancó a dividirse entre él y su trono, y después fue multiplicándose para que ambos absorban el calor del otro. Ese trono estaba caliente por fin.

El viento, que entraba por las rendijas de las piedras de las paredes, sufrió un cambio de velocidad. Poco a poco, se notó como dejaba de golpear contra la roca caliza y comenzaba a solo, delicadamente, rozarlas, generando así una melodía que indicaba el inicio de una nueva época, en donde el frío de la Soledad iba a desaparecer por completo.

Cuando la entrada al castillo dejó de ser helada, y el edificio fue tomando calor, los campesinos, los obispos y los nobles, decidieron subir las casi infinitas escaleras para comprobar si el recién llegado Rey había podido realmente tomar control del trono solitario. Y al comprobarlo, pidieron fuego, pues ahora tocaba iluminar las oscuras habitaciones abandonadas.

«*El fogoso calor de la esperanza*», se dijo la Soledad que todavía observaba a través de una de las ventanas. Y entonces, decidió marcharse, pues ya no quedaba nada qué custodiar.

El pueblo, los nobles y Rey habían dado comienzo a una celebración. Un banquete estaba siendo realizado en el comedor central del castillo y todos estaban invitados. Y si bien la comida no fue abundante, y el Rey no había comido nada en todo el día, prefirió dejar la mayoría de alimentos al pueblo y a los nobles.

Así compartieron su primera noche juntos, cenando y hablando, riendo y cantando.

Dicen que esa noche nadie durmió culpa de la felicidad que se había instalado en el ambiente. Y era cierto, porque el castillo iluminado y cálido, como ahora estaba, era mucho más hermoso de lo que el Rey se podría haber imaginado.

Sin embargo, el Rey, cumplió su palabra, y poco abandonó el castillo. Tardó meses en salir de allí. Tardó tanto que se había olvidado por completo de las palabras escritas en ese lenguaje desconocido de las puertas de su propio castillo.

Hasta el momento en el que salió, el reino fue catalogado como el más feliz de los reinos, y el Rey, como el mejor rey de los reyes. Todo el mundo lo amaba y él a todo su reino amaba. Los campesinos, los obispos y los nobles eran incapaz de imaginarse ya sin su queridísimo rey, pues él era todo lo que se contaba en las leyendas, él era, claramente, el que derrotó a la Soledad y trajo el calor al reino más frío y abandonado de todos. Él era el rey, y no podría haber otro jamás.

Pero entonces llegó el día en el que el Rey decidió salir del castillo para visitar a sus siervos y celebrar con los nobles. Estaba cansado de que siempre todo tenía que realizarse dentro de esas rocas calizas apiladas que formaban su hogar. Esa fue su excusa para salir, la abundante monotonía.

No lo hizo sin antes pedirle permiso a su trono y prometerle que iba a volver en no mucho tiempo.

Al salir y cerrar la pesadísima puerta tras él, vio las letras grabadas en la madera. Fijó sus ojos en ellas durante unos segundos pero al principio fue incapaz de entender lo que querían decir. Intentó, de todas las formas posibles que conocía, para descifrar lo que en la puerta estaba escrito, y no se animaba a pedir consejo porque él era el rey y el rey tenía que saberlo todo y no necesitaba el consejo de nadie.

Pasaron un par de minutos más y decidió rendirse; posponerlo para otro día, para esa noche quizás, ya que después de las fiestas, todos estarían cansados y nadie lo molestaría. Pensó en quedarse otra noche sin dormir si era necesario.

Y entonces ahí estuvo después de las celebraciones —las cuales fueron espléndidas y toda una sorpresa para su pueblo, porque era la primera vez que el perfecto Rey salía de su castillo y encima para regalarles una fiesta a su esperanzado pueblo, junto con una promesa igualitaria a la que no estaba muy seguro de lograr cumplir—.

Movía sus pupilas de un lado a otro intentando entender ese lenguaje, intentando comprender el por qué estaban allí esas letras y el por qué nadie las había mencionado todavía. Pensó entonces, que capaz nadie las entendía y ese era el motivo del silencio de su pueblo.

Cansado de darle vueltas decidió que mejor era descansar y dedicarse a eso al próximo día, teniendo la cabeza más despejada y el calor del Sol iluminándolo.

Lamentablemente, el Rey esperó meses en volver a intentarlo, y cuando lo volvió a intentar volvió a ser en vano. Decidió entonces, dejar de gastar su energía en ese lenguaje abstracto e inentendible. Se obligó a hacerse olvidar de aquellas palabras y nunca más volvió a salir de su castillo.

A los ocho meses de su mandato, su pueblo cayó en el caos. Al parecer la excesiva bondad del rey había generado una disputa entre los nobles y los campesinos. Unos demandaban control y los otros querían

mantener el estado igualitario. Los obispos subían al castillo todos los días para exigirle al Rey que tomara una decisión. Pero él —al igual que los obispos—, sabían que iba a ser imposible mantener a las dos partes contestas, pues ninguna de ellas iba a estar satisfecha con la decisión que el perfecto Rey tomaría.

El caos no hizo más que aumentar día tras día hasta que se desató una guerra civil entre nobles y campesinos. Nunca invadieron al castillo, ellos sabían que el Rey había hecho todo lo posible para que ambas partes, en un pasado, estén lo mejor posible. Pero la muerte corría libremente por las calles y el Rey quedó paralizado sin saber qué hacer sentado en su trono viendo como su reino moría y él no podía hacer nada para impedirlo —eso era lo que él pensaba—. Poco después los obispos sucumbieron ante el constante pedido de auxilio al Rey y dejaron de ir presentarse ante él.

Y un día, la guerra cesó. Fría y repentinamente. Sin motivo. Simplemente, paró. Nobles y campesinos se reconciliaron sin verdaderamente saber por qué. Entonces corrieron escaleras arriba para informarle a su Rey que habían logrado detener que la sangre se siga derramando, que la paz había llegado y que, por fin, todo volvería a ser como antes.

Pero en la puerta del castillo el viento volvía a ser una amenaza. El frío había regresado y más congelante que antes. Los pomos de hierro de la puerta estaban escarchados y, al parecer, el hielo había logrado impedir que estas pudieran ser abiertas.

Las puertas del castillo se estaban transformando en hielo.

Tanto nobles, como obispos como campesinos no entendían qué pasaba. Llamaban continuamente a la puerta para pedir una explicación al Rey, para que este les abra y así poder comunicarle la gratificante noticia del fin de la guerra. Pero cuanto más esperaban allí, junto a las puertas, el frío y el viento aumentaban por igual medida, y cuando los nudillos de todas sus manos fueron incapaces de seguir golpeando el roble helado, decidieron que era mejor bajar y cobijarse en sus chozas o sus casas o en las parroquias.

Se sintió como, poco a poco, el calor del pueblo también se fue perdiendo y como la Soledad volvía a gobernar los corazones de todos. Como el Sol se iba ocultando bajo nubes grises y oscuras.

Todo volvía a ser lúgubre y frío.

El Rey que había traído el calor… se había marchado.

Ante la gran guerra civil que había sufrido el reino, el Rey se consideró incapaz de seguir gobernando, entonces, una noche en la que todos estaban concentrados en derrotar a sus oponentes, se camufló con ropas de obispo y se abrió paso entre el campo de batalla —su reino—, y se marchó para no volver jamás.

Nunca nadie más subió al castillo a golpear las puertas, pues ya no eran puertas, sino hielo puro.

Todo se había congelado. Todo excepto las letras grabadas en el roble, que ahora, bajo el espejismo del hielo, podía leerse:

«Egoísta es aquel que, conociendo la soledad de este reino, se marcha por el caos de su lucha, y no aquel que se marcha antes de darle esperanza para luchar.»

FIN